

La Iglesia en los Caminos
**ENCUENTRO DE SACERDOTES,
RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS**
2018

Ponencias



CATEDRAL
DE SANTIAGO

ACC

Acojida Cristiana en Los Caminos de Santiago

Encuentro de sacerdotes, religiosos y religiosas del camino de Santiago 19 y 20 de Febrero de 2018

Índice

El Camino como oportunidad de Evangelización

Monseñor Rino Fisichella..... 4

Camino de Emaús y Camino de Santiago

Monseñor Julián Barrio..... 17

El Sacerdote como agente pastoral en el Camino

Monseñor Francisco Pérez..... 26

Invocación al Apóstol Santiago

Don Antolín de Cela..... 34

RINO FISICHELLA

Presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización

EL CAMINO COMO OPORTUNIDAD DE EVANGELIZACIÓN

El camino de Santiago: una experiencia actual

Una expresión del poeta Goethe puede servir de telón de fondo para hacer algunas consideraciones sobre el tema del camino: “Europa nació en peregrinación y su lengua materna es el cristianismo”. La imagen es clara y, en cierto modo, sólo el poeta podía describir en un solo verso la complejidad de la realidad. El poeta capta una verdad hoy a menudo olvidada: Europa, desde su nacimiento, conoció el cristianismo como su fundamento y por esto nació en *peregrinación*.

“En territorio todavía de los Vascos, el Camino de Santiago pasa por un monte muy alto, denominado Port de Cize, bien por ser la puerta de España, o porque por ese monte se transportan las mercancías de un país a otro. Tiene ocho millas de subida y otras ocho de bajada; su altura, en efecto, es tanta que parece que toca el cielo. A quien lo sube le parece que puede palpar el cielo con su propia mano. Desde su cumbre puede verse el mar británico y occidental, así como los confines de tres regiones: Castilla, Aragón y Francia. En la cima de este monte hay un lugar llamado la Cruz de Carlomagno, porque en él, en tiempos pasados, Carlomagno se abrió camino con hachas, piquetas, azadas y otras herramientas, cuando, al

frente de sus ejércitos, se dirigía a España. A continuación alzó figuradamente en alto la cruz del Señor, y doblando las rodillas en dirección a Galicia, elevó sus preces a Dios y a Santiago. Por este motivo, los peregrinos tienen por costumbre hincarse allí de rodillas y orar vueltos hacia la patria de Santiago, y cada uno deja clavada una cruz, estandarte del Señor. Hasta mil se pueden encontrar allí. De ahí que se tenga a éste por el primer lugar de oración a Santiago en el camino."¹ Volver a leer estas páginas, aquí en Santiago, suscita emoción. Se trata del *Liber Sancti Jacobi* que, como se sabe, se remonta hacia el año 1150. En este texto se encuentran nombres de calles, de aldeas, de hospicios, de montes y llanuras, de reyes, obispos y de simples peregrinos... en fin, una verdadera enciclopedia para la época. Al leerlo hoy, nosotros advertimos una experiencia poco común: la de adentrarnos en un mundo que parece no existir más.

Este texto es antiguo, pero todavía lo percibimos actual. El peregrino que en él se describe, no es muy diferente al de nuestros días. Ciertamente, sus motivaciones eran en primer lugar de tipo religioso; pero no eran las únicas. Desde la fe se abrían espacios que permitían introducirse en el conocimiento de la naturaleza, de los lugares sagrados, de las ciudades y de las diversas culturas del mundo conocido. Llegar hasta Santiago no era una empresa fácil y equivalía a alcanzar el límite del mundo conocido, más allá del cual sólo existía mar y espacios desconocidos: *finis terrae*. El comentario conservado intacto de un caballero germano de la época, Arnold von Harff, quien emprendió un larguísimo viaje cuya meta fue primero Jerusalén y el Sinaí, luego Venecia y finalmente Santiago permite confirmar nuestra interpretación: “Para consuelo y salvación de mi alma yo, Arnold von Harff, decidí llevar a cabo un beneficioso peregrinaje... pero también para conocer las ciudades, los países y las costumbres de los pueblos”.

El camino: una experiencia cultural

Como se puede observar, el peregrino vivía al mismo tiempo una experiencia religiosa y cultural de valor especial. Esta dimensión, que con frecuencia tiende a olvidarse, necesita ser rescatada y enfatizada, de lo contrario se malentendería el sentido mismo de la

¹ *Libro quinto del Liber Sancti Jacobi*. Codex Calixtinus, Madrid 2004, 76.

peregrinación. Sobre todo en la actualidad, donde el hombre de hoy parece estar imbuido en primer lugar del contexto cultural y, sólo luego, del religioso. Llegar hasta el santuario era el objetivo final, pero esto permitía al mismo tiempo sumergirse en un mundo de conocimientos que ampliaban la mirada y ensanchaban los horizontes. Peregrinación y cultura no se contraponían, sino que se sintetizaban en una visión armónica de la vida que favorecía el desarrollo y el crecimiento personal. Este aspecto debería poder ser recuperado en el presente. La curiosidad y el placer por conocer el mundo hacían parte de la normal aspiración de quien iniciaba el camino. La fatiga y el esfuerzo del viaje, unidos a los peligros que se encontraban, se afrontaban ciertamente desde las motivaciones de *fe* y, sin embargo, estos no impedían participar en profundas experiencias plenamente *culturales* que favorecían el conocimiento de costumbres, formas de vivir y de pensar diversas entre sí pero fuertemente cohesionadas por la fe en Jesucristo. El camino contenía los rasgos particulares de la fe cristiana: la caridad, la solidaridad, la comprensión de la vida como un peregrinaje por este mundo en el que, como dice el apóstol Pedro, todos somos “extranjeros y peregrinos” (1Pe 2,11). En la actualidad, por tanto, el componente cultural necesita ser reforzado por la confesión de la fe.

Y, sin embargo, quien se ponía en camino era también un hombre profundamente curioso, atento a todo lo que encontraba y deseoso de conocer. En una palabra, era un personaje que admiraba los objetos en los puestos de los mercados, que escuchaba músicos y juglares, que se detenía en las ferias y prestaba oídos a relatos y leyendas de todo tipo. Si, de una parte, se le narraban los milagros de los santos, por otra aprendía a conocer las grandes gestas de Carlomagno, de Orlando y de los diversos paladines cuyas tumbas encontraba por el camino. Además, no se olvide que este peregrino observaba cómo se construían las iglesias, y no pocas veces participaba en estos trabajos, a cambio de alojamiento y alimentación; al mismo tiempo veía cómo se teñía la lana o se entretejía el mimbre; cómo se forjaba el hierro o se salaba la carne; cómo se vestían las poblaciones que encontraba durante el invierno y el verano, o cómo se criaban los animales que no conocía. A la postre, el peregrino del Medioevo aprendía a conocer cómo se organizaban los gremios y los pueblos, cómo se alistaban los mercados y las ferias, por cuáles rutas se comerciaban las exquisitas especias venidas de Oriente o los productos en cuero de los países nórdicos... en resumidas cuentas, era un hombre que a pesar suyo se convertía en testigo e intérprete. Aun sin buscarlo, su

peregrinaje era una profunda experiencia de cultura y él mismo terminaba siendo parte viva de una transmisión de tradiciones y costumbres, condiciones basilares de toda cultura.

La relativa calma de su casa, de su aldea y de su ciudad se interrumpía por el flujo incesante de objetos, informaciones y lenguajes que al final provocaban esa sed insaciable de conocimiento que caracteriza a toda persona. Sin embargo, era precisamente este ponerse como peregrino ante los diversos lugares recorridos lo que constituía la base para forjar una identidad que iba más allá de la personal, adoptando la forma de fenómeno cultural que se irá haciendo más estable con el pasar de los siglos. De alguna manera, sucedía que el peregrino entraba a formar parte de una *comunidad* que superaba toda pertenencia territorial y lingüística logrando, en cambio, un compartir de vida concreto. Sentimientos, signos distintivos, intereses y necesidades se convertían en un patrimonio común que terminaba por configurar, de hecho, una civilización de pertenencia. En fin, el peregrino italiano o flamenco, griego o escandinavo, hispánico o irlandés... cada uno se reconocía en una sola identidad de pertenencia, que no tenía en cuenta la proveniencia nacional, ni la condición social, ni la lengua. El factor de unidad no era una regla escrita, sino un modo de ser y de vivir: la asunción de costumbres que se radicaban y de comportamientos que se transmitían creando sólidas tradiciones.

Todo esto no es extraño a la realidad de la peregrinación hoy. Es importante, entonces, que el horizonte cultural, que parece ser el más inmediato, se conjugue con el contenido de la fe, que es ciertamente más débil a causa de las diversas formas tan ampliamente difundidas de analfabetismo religioso.

El camino: una experiencia existencial

Todo lo anterior ha servido para constituir y tejer una historia, que sigue siendo fundamental para comprender nuestro presente y que ha permitido conservar el Camino a la tumba del apóstol como una experiencia viva.

En una palabra, el peregrino era una persona abierta a una forma de diálogo con todo lo que lo rodeaba, a tal punto que se ha convertido en el emblema de la misma condición humana. En este contexto no se pueden olvidar las palabras de G. Marcel en su obra más

conocida, *Homo viator*, cuando escribía en 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, como profundo filósofo: “Quizá un orden terrestre estable sólo puede ser instaurado si el hombre conserva una conciencia aguda de su condición itinerante; es decir, si recuerda perpetuamente que está obligado a abrirse un camino precario, a través de los bloques errantes de un universo fragmentado y que parece escaparse por todas partes a sí mismo”². La lúcida visión del filósofo francés, anticipa la condición de fragmentariedad que hoy vivimos.

El deseo de una visión unitaria que motive la creación de una nueva condición de vida hace que muchos de nuestros contemporáneos se pongan en camino. La fatiga de recorrer a pie centenares de kilómetros, atravesando montes y llanuras, desafiando el frío y el calor, el viento y la lluvia, encontrando hospitalidad en pequeños refugios y afrontando situaciones contradictorias con el sólito estilo de vida cotidiano, trazan de nuevo la ruta que permite redescubrir el sentido profundo de la propia humanidad. Quien se hace peregrino emprende un itinerario que lo lleva a verse a sí mismo, a los demás y al mundo circunstante con otros ojos. La indiferencia con la que recorría distraído las calles de la propia ciudad es sustituida ahora por la atención hacia las personas que encuentra y hacia las cosas que ve. Está más disponible a saludar a las personas, incluso si no las conoce, porque sabe que pueden ser compañeros de camino, con los cuales se comparte la misma fatiga. Está más dispuesto a contarse a sí mismo, venciendo esa forma de individualismo que empuja a comunicar sólo mediante un impersonal mensaje telefónico... en fin, el peregrino se abre a una auténtica forma de conversión, que se condensa en torno a una sola pregunta: “¿Cuál es el camino que he recorrido para llegar hasta este punto?” El interrogante no es para nada obvio. Hay un momento en la vida de cada persona, *tiene que haber* un momento en la vida de cada persona en el que se hace un balance de la propia situación. Preguntarse cuál ha sido el camino recorrido hasta este momento es una condición existencial que no se puede eludir, sin perder por ello algo esencial que cada uno de nosotros posee: el poder orientar la propia vida. Sobre este punto no hay distinción entre creyentes y no creyentes. La respuesta que se dará podrá separarlos y dividirlos, pero la exigencia de dar un sentido a la vida a nadie se puede delegar. Es una determinación antropológica que le permite a cada persona reconocerse por lo que es.

2 G. MARCEL, *Homo viator*, Paris 1944, 202 (esp: Salamanca, 2005, 165).

Hablar de camino, sin embargo, implica necesariamente conocer de dónde se ha salido y hacia dónde se quiere arribar. El comienzo y el final tendrán etapas para juzgar si el tramo recorrido es coherente y si la dirección es la correcta. De olvidar los dos polos se correría el riesgo de cederle el paso al *errar*, es decir, al caminar sin meta ni dirección alguna. Peligro tanto más grave cuanto más en juego esté la vida y el sentido que estamos llamado a imprimirle. Un riesgo al que muchos están sometidos hoy día a causa de la indiferencia general que conduce a ilusionarse, creyendo que se puede vivir sin este sentido. La exclusión de Dios de la propia vida es una nota cada vez más evidente de nuestra sociedad occidental, tanto que se puede decir que un rasgo saliente suyo es justamente el no reconocer la falta de Dios como una falta que debería entristecer; al contrario, sobreviene como una liberación, por fin alcanzada. Condición dramática, porque allí donde Dios no está, el hombre no sabe más quién es. El errar del hombre consiste justamente en rendirse ante este vacío que lo rodea, sin tener ya un ideal verdadero de vida ni los criterios correspondientes para poderlo alcanzar. Eliminado Dios, también el hombre cae víctima de sí mismo, porque se da paso a la arrogancia y a la violencia del más prepotente. Por lo demás, es esta la tentación de siempre: eliminado Dios, ¿quién toma su lugar? Las respuestas que se han dado en el curso de los últimos siglos se conocen, y no hacen más que volver a proponer variantes sinfónicas del mismo idéntico presupuesto: una hipótesis inútil, una proyección, una alienación... en fin, una contraposición, donde la “muerte de Dios” se piensa siempre sobre los mismos esquemas, cambian solamente las palabras. Mañana podrá ser la ciencia, la técnica, la cultura digital... la problemática sólo se ha pospuesto, no se ha terminado. Si todo se resuelve en el *self made man*, como muchos proponen hoy, no habría ni siquiera necesidad de hablar de contienda entre Dios y el hombre. El hombre ha quedado solo consigo mismo, con sus miedos, sus incertezas, sus contradicciones... y la contienda se hace cada vez más grande. Es necesario, entonces, considerar el camino recorrido, para comprender el itinerario hecho y los modos en los que ha sido realizado.

De todas maneras, es urgente mirar hacia adelante, a cuanto aún se debe recorrer; para esto se requiere necesariamente la vigilancia. Qué implica la vigilancia si no es, de alguna manera, ¡intentar retener la luz para impedir que la oscuridad llegue demasiado rápido! Deberíamos dejarnos envolver por una sana inquietud cuando se hace un alto en el camino

para reflexionar. Es la inquietud de san Agustín quien en sus *Confesiones* no hace más que volver sobre su pasado, para darle sentido al presente que prepara su futuro: un *corazón inquieto* hasta que no llega a su destino: “Nos hiciste Señor para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en ti” (1,1). La inquietud del interrogante se dirige siempre en primer lugar al “¿quién soy yo y hacia dónde voy?”. Es una exigencia de verdad que no se deja reprimir; entre más se busca acallarla por el capricho de vivir como se quiere, en esa tranquilidad que no importuna y deja la vida al borde del precipicio, con más fuerza y urgencia se hace sentir: “¿quién soy yo y hacia dónde voy?” Si no afronto esta condición, si no agarro el toro por los cuernos, la ilusión de la libertad será la condición permanente de vida. Vivo sin vivir. Sobrevivo por la inercia de la existencia, pero no vivo la vida. Hay que interrogarse, entonces, acerca del *límite* que soy para mí mismo. No admitirlo, como suele suceder en nuestra cultura, equivale una vez más a errar a través de una “nada infinita”.

Nuevamente san Agustín nos provoca con sus reflexiones: “Todo lo que comienza a ser y deja de ser, comienza y acaba cuando en la razón eterna, en la que nada empieza ni acaba, se conoce que debió comenzar o debió acabar. Es el mismo Verbo o Palabra tuya, que es también Principio, porque nos habla. Así habla por la carne en el Evangelio, y así habló exteriormente a los oídos de los hombres, para que fuese creído, y se le buscara dentro, y se le hallase en la Verdad eterna, en donde el Maestro bueno y único enseña a todos los discípulos. Allí oigo tu voz, Señor, que me dice que quien nos habla es quien nos enseña; pero el que no nos enseña, aunque hable, no nos habla a nosotros. ¿Y quién es el que nos enseña sino la Verdad que permanece? Porque hasta cuando somos amonestados por la criatura mudable, somos conducidos a la Verdad inmutable, donde verdaderamente aprendemos cuando estamos en su presencia y le oímos y nos gozamos con grande alegría por la voz del esposo, tornando allí de donde somos. Y es Principio, porque si no permaneciese cuando erramos, no tendríamos adónde volver. Pero cuando retornamos de nuestro error, ciertamente volvemos conociendo; pero para que conozcamos, él nos enseña, porque es Principio y nos habla”³.

Es evidente que el contexto de este pasaje del Obispo de Hipona sea su meditación filosófica en torno al perenne interrogante sobre el sentido del tiempo y de la historia. Una expresión, ante todo, vale la pena enfatizar: "si no permaneciese cuando erramos, no

3 S. AGUSTÍN, *Confesiones* XI, 8,10.

tendríamos adónde volver". Leyendo estas palabras la mente vuelve, casi por conexión textual, sobre otro texto de significado opuesto. Pertenece a una de las páginas más conocidas de F. Nietzsche: "¿Hacia dónde nos lleva el movimiento? ¿Lejos de todo sol? ¿No nos precipitamos en una constante caída, hacia atrás, de costado, hacia delante, en todas direcciones? ¿Sigue habiendo un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita?" Común a ambos textos es la consideración que el "errar" humano no lleva muy lejos, porque no tiene una meta hacia la cual tender. "Finalmente, ahí está el horizonte despejado de nuevo", afirma de manera perentoria Nietzsche, pero debiendo inmediatamente añadir: "aunque no sea aún lo suficientemente claro"⁴. Situación dramática, porque no permite ver el objetivo hacia el cual orientar la propia existencia. Tal vez no se desea este objetivo. Tal vez se tiene miedo de encontrarlo o, simplemente, no se le conoce. Con todo, lo que aparece evidente en una situación similar es la falta de progreso en la existencia personal y social. Sin una meta nos vemos obligados a errar, mengua el encuentro con la verdad y se aleja inexorablemente el espacio para la libertad personal. La tentación de la omnipotencia, que se conjuga hoy con una búsqueda incansable de autonomía, empobrece hasta el punto de hacer que se pierda de vista lo que está en juego. Lenta pero inexorablemente se llega a ser indiferentes, narcisistas y violentos. A la espasmódica búsqueda de insomnio el viernes y el sábado en la noche, la sigue el *taedium*, el aburrimiento por lo cotidiano. Es la situación de muchos de nuestros jóvenes. Sin una verdadera ocupación, sin intereses, faltos de relaciones estables... se atraca sin quererlo a la deriva. La vida se muestra cruel, la "cultura del descarte" se esparce como pólvora y la soledad hace sentir su horripilante predominio.

Uno de los ensayos más significativos de M. Heidegger es ciertamente *Unterwegs zur Sprache, Senderos interrumpidos*⁵. No se podía encontrar una expresión más simbólica para referirse a la condición del hombre contemporáneo. Para quien sigue un sendero de montaña, cuando la señalización desaparece por causa del surgir de la maleza, que esconde y corroe, la celeridad del camino se interrumpe, deja de existir la certeza sobre el camino a seguir, se abren otros senderos que podrían luego converger, pero que también podrían dispersarse y llevar lejos... Es entonces el momento de parar. Hay que retomar el sendero interrumpido en su justa dirección. Es el tiempo para el coraje. Hay que elegir; se debe ejercer concretamente

4 F. NIETZSCHE, *La Gaya Ciencia*, V, 343.

5 Esta obra de Heidegger ha sido traducida en español con títulos como *Sendas perdidas* o *Caminos de bosque*.

la libertad; no es posible quedarse inmóviles por siempre; es preciso retomar el camino antes que sobrevenga la noche. Es el tiempo de la acción en contra de la falta de compromiso, tentación que con frecuencia nos asalta para impedir que se asuma la responsabilidad del anuncio y del testimonio.

El camino: una experiencia de fe

En este contexto, a mil años de distancia del texto de autor desconocido que hemos citado, el *Liber Sancti Jacobi*, se inserta un pasaje del Papa Francisco que parece provocar una consideración ulterior sobre el camino: “El Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá. El Señor dice: «Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido» (Mc 1,38). Cuando está sembrada la semilla en un lugar, ya no se detiene para explicar mejor o para hacer más signos allí, sino que el Espíritu lo mueve a salir hacia otros pueblos” (Eg 21). Y como queriendo explicar cuanto ha escrito añade: “La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión «esencialmente se configura como comunión misionera». Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie” (Eg 23). La identidad del cristiano es la de ser un discípulo misionero, que no se queda quieto en un solo sitio, sino que está siempre en camino para alcanzar a todos, sin excluir a nadie, para participar la alegría de haber encontrado a Jesucristo y, por tanto, de haber hallado el sentido de su vida. La vía de la evangelización, sobre todo en nuestro contexto histórico y cultural, pasa necesariamente a través de la pregunta por el sentido de la vida. No hay alternativa. El Evangelio es la respuesta a la pregunta que el hombre se hace desde siempre sobre su existencia, el carácter enigmático que la recubre y su destino último.

Retornan a la mente las palabras del Concilio: “En nuestros días, el género humano, admirado de sus propios descubrimientos y de su propio poder, se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y la misión del

hombre en el universo, sobre el sentido de sus esfuerzos individuales y colectivos, sobre el destino último de las cosas y de la humanidad... es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas.... En verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre... ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal? Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro... Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación... Este es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece a los fieles. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta obscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida". Estas diversas expresiones de la *Gaudium et spes* no hacen más que poner ante nuestros ojos, con un sano realismo y sin ninguna ilusión, la condición personal de cada uno de nosotros y el llamamiento urgente a acoger el Evangelio.

Por este motivo, pienso que sea útil en el contexto contemporáneo retomar con decisión el tema de la *nostalgia de Dios*. Una característica presente en muchas personas que emprenden el Camino de Santiago. Como lo indica el término de origen griego, ella representa ante todo el dolor que se siente al querer volver sobre los propios pasos, sabiendo

que no es posible, ¡porque el tiempo ha pasado y nosotros no somos más los mismos! La nostalgia se manifiesta en algunos como el deseo de un retorno al pasado para redescubrir las certezas y la tranquilidad que a estas alturas ya se han perdido. Ilusión dramática, porque impide vivir con intensidad el presente.

Respecto al sentimiento de la nostalgia, hay al menos dos aspectos que merecen consideración. El primero contiene en sí mismo algunos rasgos que no favorecen el coraje de las elecciones e impiden mirar al presente y al futuro con la esperanza que está sostenida por la fe. Ya el Antiguo Testamento pone en guardia respecto a un tal comportamiento cuando dice: “No preguntes: «¿Por qué el pasado resulta mejor que el presente?», porque esta pregunta no la inspira la sabiduría” (Ecl 7,10). Recluírse en el pasado, entonces, no es positivo y representa un signo de cansancio injustificado. Abstenerse de vivir el presente con sus alegrías y dolores puede convertirse en un stratagema fácil para no comprometerse y así, un poco a la vez, se debilita la libertad hasta su parálisis. De la misma manera, no podemos vivir de nostalgia como si nuestro tiempo fuera el peor, porque ahora todo está mal y ya no es como en el pasado. Sobre este aspecto san Agustín nos alerta con una de sus realistas expresiones: “¿Qué sufre ahora, hermanos, el género humano de nuevo e insólito que no hayan sufrido nuestros padres? O ¿cuándo vamos a padecer nosotros algo semejante a lo que sabemos que padecieron ellos? Te encuentras con hombres que se lamentan de los tiempos en que les ha tocado vivir, afirmando que fueron buenos sólo los tiempos pasados. Pero estemos seguros que si ellos pudieran retornar a la época de los antepasados, igual no dejarían de lamentarse. Piensas que los tiempos pasados fueron buenos porque no son los tuyos; por eso son buenos... ¿Por qué, pues, piensas que los tiempos pasados fueron mejores que los tuyos? Considera que desde el primer Adán hasta el de hoy no ha habido sino fatiga y sudor, tribulaciones y espinas. ¿Vino sobre nosotros el diluvio? ¿Nos han sobrevenido aquellos tiempos lastimosos de hambre y guerras, que fueron escritos precisamente para que no murmuremos contra Dios por lo que sucede en nuestros días?... Piensa entonces: ¡qué tiempos aquéllos! ¿No sentimos todos horror ante lo oído y leído? Ello ha de conducirnos a congratularnos antes que a lamentarnos de nuestros tiempos”⁶.

6 S. AGUSTÍN, *Sermón* 346C, 1.

Cuando se habla de nostalgia de Dios, sin embargo, pretendo expresar un sentimiento diverso. Ella comporta la silenciosa búsqueda de Dios, a quien muchos querrían encontrar y a quien, desafortunadamente, no logran sentir cercano. El eclipse del sentido de Dios ha llevado a que muchos vivan una suerte de exilio de sí mismos, con la sensación de percibir la falta de algo o de alguien, a lo que no se logra dar un nombre o un rostro. La pregunta hecha propia por el salmista resuena con plena actualidad: “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?” (Sal 42,2-3). En este tipo de nostalgia es posible entrever una velada esperanza que debería provocar en los creyentes un testimonio todavía más coherente y convencido. Al remordimiento del deseo melancólico debe sustituirse la alegría por descubrir el rostro de Dios en el Crucificado Resucitado. Sabemos cuánto, a lo largo del Camino, el silencio, la reflexión, la oración y la amigable cercanía de los creyentes y de la comunidad puedan ayudar a redescubrir la verdadera fe.

La nueva evangelización no puede descuidar el tema de la nostalgia de Dios que se anida en muchos de nuestros contemporáneos. Es necesario, entonces, embocar nuevos caminos, para que el anuncio de Jesucristo sea una respuesta verdadera, inteligente y vital, que sale al encuentro del deseo de muchos, para suscitar en ellos el entusiasmo del descubrimiento y la alegría de la fe. A pesar de tantos signos contrarios, la nostalgia de Dios está más difundida de lo que parece. Ella está cada vez más acompañada por la creciente curiosidad y el sincero interés hacia los que creen en él, y por la profunda admiración hacia ellos, cuando logran vivir como auténticos testigos. La “vía de la belleza”, en este contexto, puede ser un medio propicio para encontrar a cuantos están a la búsqueda de Dios.

Con mucha clarividencia y fuerza profética Pablo VI escribía: “El mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios lo busca sin embargo por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible. El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e

infecunda” (En 76). Abrir el corazón y la mente del hombre de hoy para que pueda descubrir la importancia de Dios en la propia vida y creer en Jesucristo. Si se quiere, este es el objetivo de la nueva evangelización.

Para concluir

Corresponde al hombre ser un viandante y al creyente ser un peregrino; ni el uno ni el otro pueden detenerse en la búsqueda del sentido de cuanto ocurre. Cambian las épocas, pero el camino del hombre permanece intacto. Se modifican las metas hacia las que tiende, pero el andar haciendo camino será su condición perenne. La imagen del evangelista Lucas en la que coloca dos discípulos, el día siguiente a la pascua, en camino hacia Emaús es una enseñanza sobre cómo transformar un tramo del camino en peregrinación. Los discípulos no eran peregrinos, se convirtieron en tales en el momento que Cristo se les acercó y, de camino, les abrió el sentido de las Escrituras, de modo que sus corazones ardían insistiendo que no los dejara al caer de la tarde (cfr Lc 24, 13-35). El evangelista no dice el nombre de los dos discípulos. Tal vez podríamos pensar que uno de ellos fue Santiago, ¡imagen de cuantos a lo largo de los siglos se ponen en camino hacia su tumba! Nosotros somos hijos de esa peregrinación. La llegada a Emaús es solo una parada para reconocer el misterio del “partir el pan”, después del cual, inmediatamente, estamos invitados a correr hacia la comunidad y, con ella, ser anunciadores de la resurrección. La misión de la Iglesia es mantenerse fiel a cuanto ha recibido de su Señor y ser capaz de transmitirlo con un anuncio que llegue a todos, sin distinción alguna, porque él toca el sentido de la vida. El peregrinaje nos hace tomar conciencia de una responsabilidad que a ninguno podemos delegar: ser testigos de un encuentro que nos implica en primera persona y que queremos comunicar como la bella noticia que da sentido a nuestra vida.

✠ Rino Fisichella

Presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización

JULIÁN BARRIO

Arzobispo de Santiago de Compostela

CAMINO DE EMAÚS Y CAMINO DE SANTIAGO

Vivir con conciencia de ser peregrinos es no instalarnos en el estrecho margen de nuestras propias aspiraciones limitadas. “Seguir el Camino es ir abriendo cauces al misterio, al infinito, a Dios, en la cercanía de la misma interioridad. El gran descubrimiento del peregrino es desentrañar que en la esencia del mismo ser, en la historia de cada jornada en relación con el cosmos y con quienes se encuentran en el Camino, está presente la querencia de Dios, armonizado por la sinfonía total humana”⁷. El que peregrina sabe de los secretos de la vida espiritual del Camino, descubriendo con san Juan de la Cruz que “para ir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes”⁸.

Sin duda ayuda al peregrino jacobeo recordar la experiencia vivida por los discípulos de Emaús. La peregrinación es un acontecimiento espiritual que puede llevar a acoger el don de la fe en Jesucristo a quien no lo tiene, o a revitalizarlo a quien ya lo tiene, sabiendo que las piedras de las dificultades no se convierten en el pan del éxito fácil en el desierto de la vida. “Ser peregrino es descubrir que el hombre se va haciendo conciudadano de una ciudad superior a la terrena: la realidad esperada y que es posible pregonar en la tierra”⁹. Así, el

7 E. ROMERO POSE, *Raíces cristianas de Europa. Del Camino de Santiago a Benedicto XVI*, Madrid 2006, 200.

8 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, cap. 13.

9 E. ROMERO POSE, *Raíces...*, 198.

Camino de Santiago es un ámbito propicio para que quien peregrina en espíritu y en verdad dialogue con Dios, es un signo que le ayuda a sentirse creado por Dios y liberado por Cristo y es una experiencia en la que aprende a dar y a recibir. Realidad esta de la que sienten necesidad personas que, habiendo abandonado la fe en Cristo Salvador, muerto y resucitado, se han alejado silenciosamente de la Iglesia y que, protegidos por falsas seguridades, son presa de la desilusión, del escepticismo y del agobio sin tomar conciencia de la enfermedad espiritual que puede estar afectándoles. Tal vez no han visto cumplidos sus sueños y no les es fácil comprender y mucho menos aceptar el plan de Dios en sus vidas.

El Señor en el camino y en la meta

El Señor como lo hizo con los de Emaús sale al encuentro del peregrino en sus dudas e incertidumbres aunque el reconocerle sea fruto de recorrer el camino de la comprensión de su Palabra y compartir la mesa de la Eucaristía. La meta de la peregrinación es un momento propicio en que el peregrino ha de rogarle insistentemente que se quede para acogerlo en su casa, es decir, en lo propio y específico del don de la fe. La conversión es consecuencia de la necesaria evangelización cuyo objetivo es la liberación interior que se manifiesta en el cambio de actitudes de la persona imitando a Cristo a quien Dios Padre en la Transfiguración, siendo testigos Pedro, Santiago y Juan, nos manda escuchar (Lc 9,35). Es un itinerario que nos lleva a adentrarnos en el misterio personal de nuestra vida.

El peregrino cristiano y los discípulos de Emaús

En este horizonte se sitúa esta reflexión pastoral que tiene como referencia la narración en el Evangelio sobre los “peregrinos de Emaús” acompañados por el “peregrino por excelencia, Cristo” (Lc 24, 13-35). Como ellos los cristianos, a quienes el Señor acompaña hasta el final de los tiempos, son llamados a ser testigos de su resurrección. En dicha narración se percibe que la fe pascual no emanó de un entusiasmo religioso, sino que se fundamentó en hechos, de cuya fuerza persuasiva no se pudieron librar los discípulos, pese a su escepticismo inicial. En el contexto de los acontecimientos pascales se constata que la

duda no es ningún motivo para la debilidad de una fe pascual realista, sino un argumento positivo para una fe consciente y probada. “Ni los discípulos ni los apóstoles estaban dispuestos a aceptar la resurrección. La evidencia de ella había de abrirse camino por entre las dudas y la resistencia más obstinada de la naturaleza humana. Eran de las personas que más se resistían a dar crédito a tales consejos. Diríase que habían resuelto seguir siendo desgraciados, rehusando investigar la posibilidad de verdad que hubiera en aquel asunto”¹⁰. Con el fin de contraponer la credulidad hacia los hombres a la incredulidad hacia Dios, la prontitud para creer de un modo especulativo y la lentitud para creer de un modo práctico, distintivo de los corazones indolentes, se nos ofrece este relato (Lc 24,13-35), relevante para el mensaje de la resurrección.

La actitud de espera creyente

Los discípulos de Emaús en el camino de su peregrinación no lo reconocen, lo que nos lleva a presuponer que la corporeidad del Resucitado es un “misterio”, que no puede ser esclarecido sólo con los sentidos o con los ojos. Para detectar una aparición del Resucitado y, con ello, para percibir el mensaje pascual es precisa la apertura de los ojos, es decir, la iluminación, de la fe. “No son ellos quienes le ven, porque en cuanto tal es invisible por pertenecer a otro ámbito de la realidad, sino que Dios se lo da a ver. El resucitado que ven aquellos a quienes se les aparece, es un don de Dios en doble sentido: en cuánto realidad que les excede y en cuánto visión. Dios crea el objeto (Jesús resucitado) y el órgano (los ojos nuevos de quienes lo ven). En este sentido y sólo en este, se puede decir que la resurrección es la conversión de los apóstoles, que se volvieron a Jesús, reconocieron su verdad, la legitimidad de su pretensión y la normatividad universal de su propuesta”¹¹. La aceptación de la aparición, como realidad de la resurrección, va precedida de condiciones y actividades especiales: por un lado, de la escucha y comprensión de la palabra del Señor, de la concepción creyente del sentido de la historia salvífica y del significado del acontecimiento histórico de Cristo; y por otro lado, no en último término, de la comunión eclesial del partir el pan. Quien

10 F.J. SCHEEN, *Vida de Cristo*, Barcelona ⁷1996, 458s.

11 O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Ob. cit.*, 372.

asume estos presupuestos puede reconocer en el aparecido al Señor resucitado y a través de las apariciones creer en la resurrección.

El compromiso del peregrino jacobeo

El compromiso del peregrino ad limina beati Iacobi, como el de los “peregrinos de Emaús”, ha de entenderse en el contexto de ese testimonio pascual, y tiene que realizarse en la totalidad de su vida, una vez reincorporado a su quehacer cotidiano. Si toda la vida del peregrino se desenvuelve íntegramente “en la pascua de Jesús”, ¿cómo no va a tener en cuenta esa misteriosa realidad y cómo no va a arraigarse en su misma profundidad? “Por la comunicación de su Espíritu a sus hermanos, reunidos de todos los pueblos, Cristo los constituye místicamente en su cuerpo. Por eso somos integrados en los misterios de su vida..., nos unimos a sus sufrimientos como el cuerpo a su cabeza. Sufrimos con él para ser glorificados con él” (LG 7). Así hemos de ir asemejándonos a él, Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia, hasta su venida gloriosa, viviendo en la esperanza de estar un día con él eternamente y de llegar a la plenitud de su glorificación. En esta perspectiva es en la que adquieren importancia no tanto sus palabras cuanto su testimonio.

Creer en comunidad

Aunque la fe es un acto personal “como respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela” y nadie puede creer por otro, en modo alguno es un acto “aislado”. La fe supone la conversión de la persona como lo pedía Jesús al comienzo de su predicación: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15), pero no es nunca un asunto meramente individual. “Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a si mismo, como nadie se ha dado la vida a si

mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe trasmitirla a otro”¹². El símbolo de la fe¹³ es el acto de encontrarse en torno a una única fe y el acuerdo que la comunidad cristiana hace sobre la identidad propia que le caracteriza. Es la formulación de la fe común. La fe es, pues, un camino de vida, un modo de vivir que otras personas nos transmiten desde su historia, y nos abre a la comprensión del mundo, del hombre y de nuestra vida. En ella nuestra existencia adquiere sentido y finalidad, y acogemos el mensaje cristiano como sentido para nuestra vida a la vez que afirmamos que el cristianismo es nuestro camino, al decidirnos por esta forma de ver el mundo y la realidad humana¹⁴.

Origen de la fe en la fuerza de Dios

La fe es el acto espiritual en el que el hombre experimenta la más elevada realidad y en el que recibe la iluminación para “conocer la gloria de Dios” (2 Cor 4,6). Además de ser un acto personal y cognoscitivo, por su naturaleza es algo distinto al conocimiento de las cosas. Esta peculiaridad aparece en la sencilla escena de Cesarea de Filipo, en la que Jesús ante la confesión de Pedro sobre la mesianidad y filiación divina dice: “Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16,17). La confesión de Pedro no procedía de la lógica y de la razón humana sino de la revelación del Padre. El punto nuclear de nuestra fe es la divinidad de Jesucristo, estela que la barca de la Iglesia ha de llevar hasta los confines de la tierra. La fe tiene su origen no en el conocimiento del hombre, sino en la fuerza de Dios, es decir, en su gracia.

La actitud de súplica y la fe en plenitud

12 CIgC nº 188.

13 “Procura, pues, que esta fe sea para ti como un viático que te sirva toda la vida y, de ahora en adelante, no admitas ninguna otra, aunque fuera yo mismo quien, cambiando de opinión, te dijera lo contrario, o aunque un ángel caído se presentara ante ti disfrazado de ángel de luz y te enseñara otras cosas para inducirte al error. Pues, si alguien os predica un Evangelio distinto del que os hemos predicado -seamos nosotros mismos o un ángel del cielo-, sea maldito” SAN CIRILO DE JERUSALEN, *Catequesis 5, Sobre la fe y el símbolo*, 12-13: PG 33, 519.

14 Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Salamanca ¹¹2005, 84s.

El encuentro en fe suscita el calor del corazón como lo experimentaron los “peregrinos de Emaús” y así lo manifiestan al decir: “¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras?” (Lc 24,32). Desde esta experiencia comprenden de forma nueva la propia vida y la historia misma. Tras la conversación, al llegar a su destino y ya inminente el “reconocimiento” del Resucitado, la palabra y la actitud de ellos se hacen una invitación a Jesús, que en el fondo es una súplica apremiante: “Quédate con nosotros, que ya está atardeciendo y el día va ya de caída” (Lc 24,29). Es una oración, fruto de un itinerario de fe que encuentra su meta en el encuentro con Dios cara a cara con la visión definitiva y eterna. La fe en Dios es de suyo una cierta anticipación de esa meta; en la fe el hombre se pone ya ahora en camino hacia Dios para adherirse a Él en el amor como lo hizo Abrahán. Un camino seguro para esta experiencia de fe es la oración. Lamentablemente, una de las deficiencias que se encuentran más frecuentemente en la vida de fe, es la falta de experiencia religiosa originada en la oración. Así lo expresan los peregrinos.

Reconciliación del pecador

El cristianismo, que “no es primordialmente religión de ilustración, revelación o gnosis sino de salvación, santificación y resurrección de la carne”¹⁵, no puede reducirse a una filantropía, por muy generosa que ésta sea, pues implica como dato esencial la realización de una comunión de los hombres con el Dios vivo, manifestado de un modo decisivo en Jesucristo. Por tanto, la conversión o perdón es un cambio radical del corazón del hombre que reconoce el amor que Dios le tiene. En este convencimiento valoramos la necesidad y la importancia del sacramento de la Penitencia. Bien sabemos que en los tiempos actuales la confesión explícita de los pecados no es vista con agrado y algunos no la aceptan. Es en este punto precisamente donde se encuentran las dificultades más radicales que hacen que no pocos cristianos abandonen la recepción de este Sacramento. No se trata de una realidad con sólo dos actores, Dios y yo, sino con tres: Dios, los demás y yo. Se trata de un proceso de reconciliación; no basta, pues, dolerse para ser reconciliado; falta todavía que aquel a quien

15 O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *Ob. cit.*, 417.

yo he perjudicado me manifieste su perdón; como tampoco basta perdonar: falta que quien me ha hecho el mal manifieste que acepta mi perdón. El perdón de Dios se personaliza en mí mediante la palabra de la Iglesia.

El camino interno de la fe

“El tiempo como ámbito de la gracia es antes que nada posibilidad de vida eterna para el hombre peregrino... De ahí que el tiempo sea siempre tiempo delimitado, con principio y fin, para la mentalidad bíblica, en tanto que tiempo de salvación. El paradigma se halla en la delimitación de la historia la salvación por la creación y la venida del día del Señor: conviene pues caminar mientras hay luz, para no ser sorprendidos por las tinieblas; el que camina en tinieblas no sabe a donde va (Jn 12,35). Un tiempo de salvación con un contenido además específico: la fe. A ella tiende la predicación de Jesús mismo. Ella es el objetivo que Jesús persigue en sus oyentes: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15)”¹⁶. La búsqueda sincera y concienzuda de la verdad es una posibilidad interna de la fe. Esa búsqueda pertenece, pues, a la condición del hombre que peregrina comunitariamente hacia Dios pues somos como gotas de agua en el gran río que espera encontrar el remanso de Dios. En este sentido la fe no es una postura estática e inamovible, sino un camino. Por ello no sólo hay un camino que conduce a la fe, sino también un camino en la fe misma, es decir, un crecimiento o progreso en la fe como lo refleja san Pablo cuando escribe: “No presumimos más de lo justo aprovechándonos de trabajos ajenos; abrigamos, en cambio, la esperanza de que, al ir creciendo vuestra fe, nuestra labor entre vosotros produzca un fruto cada vez mayor dentro de los límites que nos han sido asignados” (2 Cor 10,15). Vamos creciendo en el conocimiento de Dios y en la fe.

Así, el peregrino de la fe que ha llegado ad limina beati Iacobi, que ha escuchado la Palabra de Dios, que se ha reconciliado con Dios recibiendo el sacramento de la Penitencia y que mediante la participación en la celebración de la Eucaristía se sabe referido en la esperanza a la comunión eterna con Jesús resucitado y con los miembros de su Cuerpo, no puede contener el impulso ni la alegría de confesar o transmitir esa experiencia. El testimonio

16 A. GONZALEZ MONTES, *Meditación del Cristianismo*, Madrid 1984, 27.30-31.

o confesión forma parte esencial de la fe, pues “en la medida en que doy testimonio, participo yo también del evangelio; en la medida en que conduzco a otros a Dios, me conduzco a mí también. Sólo se conoce a Dios en la medida en que se le da a conocer. Confesarla es el mejor modo de aumentar la propia fe [...] Creer es confesar la fe”¹⁷. Sin embargo, en la actualidad en que se trata de reducir la fe al ámbito privado, no se aprecia suficientemente el testimonio de fe, al contrario de lo que acaecía en otras épocas de la historia de la Iglesia, en las que la palabra “confesión” tenía una valoración positiva. Baste referirnos a la “iglesia confesante” o a la palabra confesor, que propiamente viene a equivaler a mártir¹⁸. Hemos de mirar a los testigos de la fe cuando “el mundo en que vivimos parece con frecuencia muy lejos de lo que la fe nos asegura; las experiencias del mal y del sufrimiento, de las injusticias y de la muerte parecen contradecir la buena nueva, pueden estremecer la fe y llegar a ser para ella una tentación”¹⁹.

Experiencia del testimonio de ayer y de hoy

En este horizonte, el peregrino jacobeo debe dar testimonio y confesar la experiencia vivida humana y espiritualmente en la peregrinación a la tumba del Apóstol Santiago, “zarza ardiendo”, donde tantos peregrinos descalzan su alma para acoger el perdón y vivir el encuentro con Dios. En el camino y en su meta ha experimentado también el testimonio de la confesión de los peregrinos de ayer. “El camino entendido como traslado de un lugar a otro o como paso de una situación a otra, está inscrito en el código genético de todo hombre. El camino se revela como una necesidad de la vida. También el mundo religioso moral conoce y usa frecuentemente la categoría del camino, de forma que nuestra vida se hace peregrinación. Es un lenguaje metafórico vinculado al depósito de la fenomenología y de la experiencia de cada hombre”. Por todo ello, la confesión del peregrino de hoy no parte de cero, sino que presupone un don que nos ha sido transmitido, para hacerlo propio; tampoco significa repetir simplemente lo pasado, sino traer el pasado al aquí y al hoy. Es necesario que el hombre que

17 M. GELABERT BALLESTER, *Creer sólo en Dios*, Madrid 2007, 36.

18 Cf. N. BROX – W. SEIBEL, “Confesión”, en: *Conceptos fundamentales de la teología*, t. 1, Madrid 1966, 265-270.

19 CIgC nº 164.

por su origen y vocación esté situado en lo concreto, se mueva por un objetivo concreto en su vida, en su profesión, en el encuentro con los hombres, y en la búsqueda de Dios y de la salvación.

Jesús en nuestro peregrinar

La peregrinación y el camino a la Tumba del Apóstol no son simplemente un traslado de un lugar a otro. Se trata más bien de pasar de una visión a otra de la vida. Todo ello es posible por la presencia misteriosa de Jesús que, al igual que a los peregrinos de Emaús, también nos va acompañando por el camino de la existencia y nos ayuda en el tránsito del hombre viejo al hombre nuevo, aunque haya que pasar por el sufrimiento y la entrega en la cruz de cada día. Lo que en la conversación con los discípulos se hizo resaltar no fueron las enseñanzas dadas por Jesús, sino que se insistió en sus sufrimientos y en el modo como éstos eran convenientes para su glorificación: “¡Qué torpes sois para comprender, y qué cerrados estáis para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?” (Lc 24,25-26).

Todo parece indicar que las personas buscan echar raíces en el suelo firme y estable de lo sagrado. Cuanto más rápidamente camina la humanidad, tanto mayor es la necesidad que siente de unos cimientos firmes. Parece que los lugares de peregrinación, y en especial el de Santiago de Compostela, responden a esta profunda necesidad antropológica. Las personas emprenden la peregrinación jacobea porque buscan y porque esperan encontrar lo que su mundo moderno no ha sido capaz de ofrecerles. El rito y el misterio de la peregrinación jacobea aparecen constantes a lo largo de la historia, independientemente de los cambios y avances culturales que se producen.

✠ Julián Barrio

Arzobispo de Santiago de Compostela

FRANCISCO PÉREZ

Arzobispo de Pamplona y Tudela

EL SACERDOTE COMO AGENTE PASTORAL EN EL CAMINO

1.- Tal vez nos encontramos aturridos por tantas realidades técnicas e ideológicas que nos llevan en aparentes volandas como si esto fuera el signo de la auténtica libertad. Miremos un poco a nuestro alrededor y constataremos que la interlocución se hace muy difícil puesto que estamos dedicados a atender el móvil o la tableta más que la persona que está a nuestro lado. Se van perdiendo los hábitos de la reflexión o del silencio interior puesto que estamos ocupados en estar “entretenidos” y muchas veces “aturridos” por lo rápido y fugaz.

Cada vez se demanda más la interioridad o esa búsqueda de la “libertad interior” de las que nos habla un gran autor espiritual cuyo nombre es Jacques Philippe: “Considero esencial que cada persona descubra que, incluso en las circunstancias externas más adversas, dispone en su interior de un espacio de libertad que nadie puede arrebatarse, porque Dios es su fuente y su garantía. Sin este descubrimiento, nos pasaremos la vida en agobio y no llegaremos a gozar nunca de la auténtica felicidad. Por el contrario, si hemos sabido desarrollar dentro de nosotros este espacio interior de libertad, sin duda serán muchas las cosas que nos hagan sufrir, pero ninguna logrará hundirnos ni agobiarnos del todo”. Esta sencilla reflexión puede ser como la línea de salida en aquellos que han de realizar el Camino hacia Santiago como peregrinos.

Me causa admiración y grandes interrogantes al constatar la gran afluencia de peregrinos que realizan el Camino de Santiago. Han aumentado los “caminos” que parten de varias ciudades europeas y aumentan también en todo el mundo. Cuando visito Roncesvalles (Navarra) y saludo a los peregrinos no hay día que no encuentre de veinte o treinta nacionalidades diversas: De Corea a Nueva York; de Sudáfrica a Noruega; de Rusia a Portugal; de Australia a Canadá; de Brasil a Irlanda; de Sevilla a Pamplona... ¡Es impresionante! Y todos vienen buscando la felicidad, su único objetivo. A pesar de los kilómetros adustos y duros, el peregrino busca “algo”, más bien a Alguien: ¡Ese es Dios!

2.- Me parece que estamos en una sociedad global que tiene ansias de eternidad y el Camino de Santiago tiene un aire especial. Comprendo que muchos se aventuran a peregrinar por motivaciones externas y por razones culturales. Pero en el fondo, si se les pregunta, sus respuestas son misteriosas y sin clarificación total. Hay un punto que no hemos de olvidar y es que quien peregrina no va a un lugar sin nombre, va a Santiago de Compostela que fue un apóstol de Jesucristo y que murió por vivir y defender la fe en el Hijo de Dios que dio su vida para salvarnos. Al llegar a Santiago de Compostela se suele tener un gesto muy significativo: Dar el abrazo al Señor Santiago en la Catedral. El peregrinaje ha finalizado pero “la procesión va por dentro” del peregrino. Lo que ocurre al final sólo lo sabe el peregrino y Dios.

El P. Fr. Francis Eugene A. Fadul, SThL ha escrito un precioso libro “Mi Camino de Santiago” (simplemente por hacer el Camino en momentos de búsqueda) y digo precioso porque nada hay máspreciado en esta vida que encontrarse con la Persona de Jesucristo que nos han transmitido nuestros testigos del evangelio y uno de ellos fue Santiago Apóstol cuyo restos mortales se veneran en Compostela. El sacerdote, partícipe de la consagración de Cristo, participa en su misión salvífica según su último mandamiento: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (Mt 28, 19-20). El ímpetu misionero forma parte constitutiva de la existencia -como agente de pastoral- del sacerdote que está llamado a hacerse “pan partido para la vida del mundo” porque lo primero de todo es

ser testigo de lo que ha visto y ha aprendido, siendo un testigo fiable del amor a Cristo donde aparece Él y se desplaza el yo personal.

Hay un texto del Concilio Vaticano II que viene bien tengamos presente: “El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación...” (Presbyterorum Ordinis, 10). Cuando nos encontramos dentro del Camino lo podemos constatar en propia persona. La universalidad de los peregrinos nos hace comprender que no podemos limitarnos a nuestras propias comunidades que atendemos. Nos abre nuevos horizontes. Todo presbítero debe sentir y vivir esta exigencia de la vida de la Iglesia en el mundo contemporáneo y tener como vocación que lo único que ha de movernos es que “todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim 2, 4-6).

3.- Conviene estar atentos porque “hoy en día, sin embargo, hay una confusión creciente que induce a muchos a desatender y dejar inoperante el mandato misionero del Señor (cfr. Mt 28, 19). A menudo se piensa que todo intento de convencer a otros en cuestiones religiosas es limitar la libertad. Se considera lícito solamente exponer las propias ideas e invitar a las personas a actuar según la conciencia, sin favorecer su conversión a Cristo y a la fe católica: se dice que basta con ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a su propia religión, que basta con construir comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz y la solidaridad. Además, algunos sostienen que no se debería anunciar a Cristo a quienes no lo conocen, ni favorecer la adhesión a la Iglesia, pues también es posible salvarse sin un conocimiento explícito de Cristo y sin una incorporación formal a la Iglesia” (Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización (3 de diciembre 2007), 3: AAS 100 (2008), 491). Y conviene no dejarse por las ideas que tanto daño hacen de pensar que las mediaciones no son necesaria que todo lo hace Dios y basta.

Por eso conviene que los sacerdotes nos formemos bien y realicemos un profundo examen de conciencia puesto que, muchas veces, nos entretiene más la gestión que la

evangelización. Muy importante es el acompañamiento espiritual o la dirección espiritual. Por muchas horas que echemos en este servicio nunca será suficiente. En el Camino siempre vamos a encontrarnos con personas atormentadas, por las circunstancias de la vida, que les son muy amargas. Recuerdo, un día, en Roncesvalles lo que me comentaba un peregrino: “Si los sacerdotes estáis atentos nos ayudaréis a encontrar la Luz. Sufro porque en mi vida me he sentido decepcionado y hasta frustrado, por eso realizo el Camino para encontrar una respuesta. Y la respuesta me la dais vosotros con sólo escucharme. Tenéis en vuestras manos lo que no tienen ni los médicos, ni los siquiátras, ni los psicólogos... Vosotros me dais a Cristo y esto es impagable”.

Es una labor pastoral que exige una gran dosis de entrega generosa y de “parresía” (libertad de decirlo todo con valentía). Nadie nos disculpará si no estamos con vigilancia en este tema. “No sería inútil que cada cristiano y cada evangelizador examinasen en profundidad, a través de la oración, este pensamiento: los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no le anunciamos el Evangelio; pero ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo, por vergüenza...lo que San Pablo llamaba avergonzarse del Evangelio (cfr. Rom 1,16) o por ideas falsas omitimos anunciarlo? Porque eso significaría ser infieles a la llamada de Dios que, a través de los ministros del Evangelio, quiere hacer germinar la semilla; y de nosotros depende que esa semilla se convierta en árbol y produzca fruto” (Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 80: AAS 68 (1976), 74). ¡Qué razón tiene! Si algo nos achacan muchas veces los seculares es que nos ven muy ocupados y no tenemos tiempo para atenderles en sus necesidades espirituales.

Es conveniente y es urgente que en la ruta del Camino los Templos, los albergues, los ambientes... donde se encuentran los peregrinos estemos atentos para acoger, escuchar y cuidar de cada uno. Para ello nos pueden ayudar los hospitaleros y los que reciben a los peregrinos. Comprendo que hay mucho trabajo pastoral pero merece la pena invertir en este sentido. Sin miedos y sin reticencias puesto que todos necesitan el Evangelio: “Observamos un proceso progresivo de descristianización y de pérdida de los valores humanos esenciales que es preocupante. Gran parte de la humanidad de hoy no encuentra en la evangelización

permanente de la Iglesia el Evangelio, es decir, la respuesta convincente a la pregunta: ¿cómo vivir?... Todos necesitan el Evangelio; el Evangelio está destinado a todos y no sólo a un círculo determinado y, por eso, estamos obligados a buscar nuevos caminos para llevar el Evangelio a todos” (Joseph Ratzinger, Conferencia con ocasión del Jubileo de los Catequistas -10 de diciembre 2000-).

En muchas ocasiones veo que nosotros los sacerdotes nos aplanamos o nos sentimos inútiles o nos angustia al comprobar que es difícil evangelizar. Es el mejor momento para darnos y para en oblación ofrecernos por nuestros hermanos los hombres. Aunque sea preocupante, esa descristianización y secularización no puede hacer dudar sobre la capacidad que tiene el Evangelio para tocar el corazón de nuestros contemporáneos: “Tal vez alguno se pregunte si acaso el hombre de la cultura post-moderna, de las sociedades más avanzadas, sabrán abrirse al kerigma cristiano. La respuesta debe ser positiva. El kerigma puede ser comprendido y acogido por cualquier ser humano, en cualquier tiempo o cultura. También los ambientes más intelectuales, o los más sencillos, pueden ser evangelizados. Debemos, pues, creer que los llamados post-cristianos pueden ser atraídos de nuevo por la persona de Cristo” (Congregación para el Clero, La identidad misionera del presbítero en la Iglesia como dimensión intrínseca del ejercicio de los tria munera, 3,3). Nunca dejarnos acosar por la desesperanza.

Pensemos por unos momentos cuáles son los diagnósticos que como buenos médicos de almas hemos de escanear sobre la situación actual por la que pasa nuestra sociedad. Hemos de estar atentos porque las motivaciones relativistas que mueven a la sociedad de hoy caerán como hoja seca. “El relativismo y el subjetivismo fácilmente conducen a una actitud egoísta que con frecuencia termina en el desencanto, o puede llevar también a comportamientos de verdadera crueldad, como ocurre con la legitimación del aborto que se está dando rápidamente en nuestra sociedad. Tenemos que hacer frente a algunos desafíos culturales que no favorecen la difusión ni el crecimiento de la vida cristiana, proponiendo los grandes valores del Evangelio y un estilo de vida fundado en el cultivo de las virtudes morales que caracterizan la vida cristiana. Hemos de mostrar a nuestros

conciudadanos que la práctica de la virtud es beneficiosa para el logro de una vida verdaderamente racional y humana, sin la cual no se alcanza el ejercicio de la libertad que tanto ama el hombre actual” (Conferencia Episcopal Española -CVI Asamblea Plenaria-Iglesia en misión al servicio de nuestro Pueblo, Plan Pastoral 2016-2020, pag. 24).

Doy las gracias por esta invitación y espero que estos pequeños apuntes sirvan para animarnos en la labor tan importante que tenemos los agentes de pastoral y de modo especial los presbíteros en la evangelización que hoy nos demanda el Camino de Santiago. Son muchas las razones que nos pueden llegar a desanimar pero hay una que nunca falla: Evangelizamos en el nombre de Jesucristo y su Iglesia. Por esta única razón las demás -aunque negativas- quedan vencidas. El Camino de Santiago se denomina Compostela que viene a decir “campo de estrella”. Y hay una que luce más que las demás y ésta es la Luz de Cristo.

Propuestas para el Camino de Santiago

Posible DECALOGO para empezar

1. La iglesia debería velar porque las indicaciones (flechas amarillas) del Camino de Santiago pasaran por delante de las Iglesias como en su origen, y que no sean modificadas con el tiempo para desviarlas por delante de restaurantes, bares, artículos de consumo...

2. Coordinación de las Diócesis desde Roncesvalles a Santiago de Compostela.

3. En algunas de sus iglesias más significativas los peregrinos que lo desean deberían encontrar un breve mensaje evangélico, que podrían llevarse para iluminar y dar sentido a la peregrinación hasta Santiago de Compostela. En cada etapa sería diferente el mensaje evangélico.

4. Este mensaje evangélico podría estar como en una ficha de puzle, al finalizar el camino el conjunto de estas fichas formarían por el reverso una imagen de Jesucristo Resucitado u otra que se encontrara más adecuada o dependiendo del objetivo del año (Año de la MISERICORDIA, año de la FE, año...)

5. Debería estar en internet lugares de oración, horario de misas u otros servicios religiosos, (Confesiones, acogida, escucha...) a lo largo de todo el Camino de Santiago.

6. Potenciar y anunciar los albergues religiosos como oferta de la Iglesia.

7. En las iglesias significativas deberían encontrar una breve información descriptiva del arte, el patrón.... Que les pueda enriquecer su vida cultural y personal.

Contar con la colaboración de los jóvenes para que sencillamente nombren los santos de las iglesias o describan lo que es significativo, porque en muchas ocasiones no sabemos a quién vemos ni porque está a la exposición del público, sería una forma de catequesis, para los que estuvieran interesados.

8. A nivel de conferencia Episcopal o Diócesis invitar a algún sacerdote o jóvenes comprometidos de lengua inglesa, francesa....para poder ayudarles en su camino a nivel de escucha, información....

9. Potenciar en este recorrido algún sitio (estilo Taizé) para favorecer la contemplación y la alabanza comunitaria a través de la música, imagen , sonido, representaciones, auto-sacramentales ...

10. Para aquellos que desean hacer el camino con un matiz religioso católico:

A)Participar en el sacramento de la eucaristía.

B)Participar en el sacramento de la reconciliación.

C) Participar en un acto de adoración al santísimo sacramento.

12. Proponer lugares para artistas:

A) Pintores: hacer murales en los muros,

B) Músicos, lugar de encuentro, poner a disposición un piano.... como en los aeropuertos.

C) Escritores, poetas: un libro para que escriban, o un correo electrónico para que envíen sus poemas, reflexiones.....

13. En todos los lugares religiosos debiera haber una descripción de la iglesia, estilo, año, patrono, santos, historia de estos.... A ser posible en 3 o 4 idiomas

A) Colaboración de laicos para facilitar la comunicación de los distintos idiomas.

B) Un lugar de “ESCUCHA” para que los peregrinos que lo deseen puedan expresar su experiencia, su preocupación, su alegría, su situación, y en el caso que hubiera un sacerdote poder recibir el sacramento de la RECONCILIACIÓN.

*✠ Francisco Pérez
Arzobispo de Pamplona y Tudela*

ANTOLÍN DE CELA

Párroco de la Basílica de la Encina. (Ponferrada)

INVOCACIÓN AL APÓSTOL SANTIAGO

*Pronunciada en la Santa Misa del Peregrino del 20 de Febrero de 2018 con motivo
del Encuentro de sacerdotes, religiosos y religiosas del camino*

Señor Santiago:

Aquí nos tienes a un grupo de Sacerdotes, Religiosos y Religiosas que hemos participado ayer y hoy en el ENCUENTRO de AGENTES PASTORALES EN EL CAMINO.

El llevar a cabo nuestro ministerio al borde del Camino nos motiva a acoger, a ofrecer nuestro afecto, a ejercer nuestro apostolado desde el servicio y la comunidad eclesial.

Muchos de nosotros mantenemos albergues parroquiales o de Iglesia e intentamos descubrir en los peregrinos al mismo Cristo que el Camino de Emaús se hace presente en la Eucaristía, la bendición, el compartir la cena, el sello, la confesión o simplemente en una conversación amable.

Reconocemos las dificultades con las que nos encontramos: la secularización reinante y los “turigrinos” que intentan convertir la ruta en un camino solamente turístico, los medios que todo lo banalizan, la pobreza de nuestra iglesia que mantiene espacios geográficos con zonas parroquiales de 20 o más núcleos pastorales para un solo sacerdote... etc... Pero

también nos anima la esperanza de mantener nuestra dedicación a la atención espiritual y humana a los peregrinos.

¡Remad mar adentro! Dijo Jesús a los Apóstoles. El Camino puede ser el mar donde se nos presenten nuevos caladeros por los que discurren propios y extraños para sembrar en ellos el Evangelio.

Apóstol Santiago, difícil debió de ser tu tarea de sembrar la fe en España territorio invadido por el paganismo de las religiones naturales y romanas, y aún así supiste llegar al corazón de los españoles.

Fortalece nuestra fe, consolida nuestra esperanza y acrecienta nuestro amor.

Haz que este proyecto pastoral que intentamos impulsar de la mano de la Acogida Cristiana y la Catedral de Santiago llegue a buen puerto que no puede ser otro que el Corazón de Cristo.

Amén.

Antolín de Cela
Párroco de la Basílica de la Encina (Ponferrada)